

XV.

En la ciencia de gobierno como en la jurisprudencia, el establecimiento de cualquiera principio es peligroso. La ciencia política es una balanza sensible en cuyos platillos deben arrojarse las conveniencias y peligros de cualquiera disposicion del poder. La prudencia es el solo fiel que indica de qué lado se inclina, y el que señala cuáles son las medidas que deben adoptarse. La inmigracion que con respecto á México parece ofrecer solo ventajas, encierra tambien peligros de tal naturaleza, que en lo absoluto, hacen dudosa su conveniencia. Preguntar si la inmigracion con respecto al Imperio será un gran bien ó un gran mal, hablando en general y sin entrar en un exámen detenido de los pormenores de esta grave cuestion, ciertamente que no es una pregunta absurda, sino una duda prudente y racional.

Hasta aquí hemos indicado sus ventajas. Ahora conviene señalar los graves peligros que ella ofrece. La inmigracion en el alto grado que México la necesita para que sea eficaz, puede ocasionar males á nuestra patria de la mas grande trascendencia. Puede hacer que desaparezca nuestra raza ó por lo menos su influencia en su país y sobre su propio suelo. Fácilmente puede romper ella la unidad del lazo religioso, el social, el del idioma y las costumbres. Muy pronto corromperá estas una inmigracion numerosa, y el peligro sobre todo, de una escision ó aneccion á algun país vecino, serán inminentes en el vasto territorio del Imperio mexicano. Estos y otros peligros semejantes son los que ella presenta.

Al ecsaminarlos separadamente para conocerlos bien, partiremos del mismo punto de que partimos al considerar sus ventajas, la dignidad y los verdaderos intereses de nuestra

patria, es decir, los ecsaminaremos con los ojos siempre fijos, no en la prosperidad de nuestro suelo, sino en la suerte y el porvenir de la gran familia mexicana, de nuestros padres, de nuestros hermanos y de nuestros hijos.

XVI.

¿La inmigracion extranjera hará desaparecer nuestra raza? Esta pregunta evoca involuntariamente el recuerdo de las colonias latinas en Roma, de las irrupciones de los árabes en España, del establecimiento de los españoles, de los ingleses y de los portugueses en América. El engrandecimiento de las naciones por la sola inmigracion, es un desarrollo en lo general nocivo y engañoso. Los Estados-Unidos, por ejemplo, no son, á pesar de su riqueza y el asombroso adelanto de su civilizacion material, un pueblo grande como lo es la Francia, como lo ha sido España, como en otro tiempo lo fué Roma. Pronto cae, y amargos son los frutos del árbol que antes de tiempo y fuera de su estacion se desarrolla apresuradamente.

Las inmigraciones numerosas á veces benéficas á los pueblos que las reciben, les son por lo comun nocivas y muchas veces los hacen desaparecer. La historia prueba que por medio de ellas la Providencia hace caer las civilizaciones gastadas y hundirse á los pueblos corrompidos. La conquista y la inmigracion griegas dieron fin en el Asia al muelle y despótico imperio de los persas. Flaminio al abrir las puertas de la Grecia en nombre de la libertad á los romanos, puso término á los gobiernos oligárgicos de ella, que ya con las buenas costumbres habian perdido tambien el amor á la libertad. Las irrupciones y el establecimiento de los bárbaros del Norte, sobre el suelo de la Italia, concluyeron, en fin, con el imperio de Occidente; esa sangrienta cabeza de la do-

minacion romana, tan llena de crímenes y de aberraciones! Cuando Dios quiere que un pueblo que ha vivido lo bastante para cumplir su misión sobre la tierra, se pierda en el abismo del pasado, envía otro nuevo que lo haga desaparecer, y lo arroja sobre él como una ola viviente de nuevas generaciones que cubren á las antiguas.

En México mismo, cuando sonó la última hora de la dominacion azteca y de la civilizacion gentil, una nueva raza venida desde lejos sustituyó á la idolatría la religion cristiana y cavó los cimientos de la civilizacion europea en el Nuevo-Mundo, inaugurando así una nueva época de nuestra historia. La inmigracion, sin embargo, que hoy se vá á precipitar sobre México, no está destinada probablemente á sepultar nuestra raza. México es un pueblo niño y en el orden comun de la naturaleza, las naciones miden por siglos su existencia. México no presenta, á pesar de su debilidad actual, síntoma alguno de muerte. Los grandes crímenes públicos, las anarquías sangrientas, la tiranía cruel ó el rudo despotismo de los hombres de armas, son por lo comun los mas indefectibles signos de la decrepitud de los pueblos. La historia de México, si bien es cierto que está llena de debilidades y de faltas, está esenta de grandes vicios y de grandes crímenes. Mas bien se ven en ella los tropiezos y vagidos de la infancia de un pueblo, que los vaivenes de la ancianidad ó el estertor de una nacion, cuyas instituciones y cuyas costumbres se derrumban para siempre.

A México, sin embargo, le amenaza un gran peligro. La mayor parte de los inmigrantes que vengan á henchir su poblacion serán europeos. Estos son de una civilizacion muy superior á la nuestra, y fácilmente, por tanto, pueden arrollarnos. La aspereza del clima ó la miseria del suelo en que nacen, la educacion, tal vez, que es una segunda naturaleza, les roba, es cierto, el fuego del corazon y del pensamiento, pero les dá mas amor al trabajo, mas acierto en sus combinaciones y mas energía en el brazo, que á nosotros, la dulzura de nuestro clima y la suavidad de nuestra educacion doméstica. Ellos no son tan naturalmente artistas, pero sí son mas hombres de trabajo que nosotros. Ellos no saben elaborar

nobles sentimientos, pero sí impender mas fatiga y mas industria, y sí saben en menos tiempo aglomerar mayor fortuna. Nunca, pues, podrán arrebatarnos el reinado del corazon ni la supremacía del sentimiento, mas sí pueden extinguir nuestra raza haciéndose dueños del suelo en que vive y de haber con que lo labra. Hé aquí el gran peligro.

La industria en todos sus giros, la minería y el comercio, en muy pocos años han pasado á manos extranjeras. Nos restan solo la agricultura y los trabajos liberales; que se cometa, pues, una imprudencia, que se deslice un descuido en el problema difícil de la inmigracion y nuestra raza está perdida. El temor de que la estinga no es un miedo insensato. El peligro es una verdad de sentimiento, y el temerlo, por tanto, es un instinto.

Aun cuando no perezca del todo, la simple pérdida de su influencia y su carácter, sería una desgracia irreparable para ella y hasta una grande calamidad en el orden moral. La familia mexicana ha sido calificada injustamente en todo tiempo. Siempre ha sido calumniado su carácter. México, aun no ha gozado de esa prosperidad que hace que los pueblos sean vistos desde lejos, y esto es lo que mas ha contribuido á que las naciones extranjeras, desdeñando conocerlo, hayan encontrado mas fácil ultrajarlo que estudiarlo. La injuria del fuerte no necesita fundarse. La vil naturaleza humana cree siempre justo el insulto de la fuerza.

¿Cuál es, pues, el verdadero carácter de la raza mexicana? ¿Cuáles son sus virtudes y cuáles son sus vicios? Una lucha de mas de cuarenta años ha secado la energía y el nervio del pueblo mexicano. Las revoluciones estragan y enferman á los pueblos, lo mismo que los vicios y las pasiones á los hombres. Despues de la actividad nociva de la orgía, viene el mortal cansancio del hastío, y tras la fiebre devorante del desorden, viene tambien para los pueblos la lacidud de la fatiga y del remordimiento. México pasó de las sombras del vireinato á las turbulencias de la república. Dos períodos ha tenido México: el de servidumbre que tanto enerva á los pueblos y los envilece, y el de anarquía que tan pronto los consume. El del vireinato y el de la república atados por la

insurreccion, como por un eslabon de sangre, son los dos únicos períodos de nuestra historia política. Ninguno fué propicio al desarrollo de las dotes cívicas ni de las virtudes patrias. ¡Y sin embargo, en ambos períodos, qué ejemplos de virtud y de heroísmo!

Mas no es sobre la escena pública donde principalmente deben estudiarse el carácter y buscarse las virtudes del pueblo mexicano. Desciéndase hasta el fondo del hogar doméstico, véase en el mexicano no al ciudadano, sino al hombre, y éste será el mejor punto de vista para juzgarlo con acierto y calificarlo con justicia.

Hijos los mexicanos de españoles y de aztecas, pues ambas razas se mezclaron para darles la existencia, poseen en el mas alto grado las grandes virtudes de sus nobles progenitores. En su carácter se ven unidas á la sensibilidad y la ternura aztecas, la grandeza castellana y la hidalguía española. La raza hispana, que en lo físico tal vez ha degenerado en México por la dulzura de un clima encantador y la eterna primavera que reina en su suelo, en la parte moral se ha sublimado, y se han acrecido y suavizado sus virtudes. Suponed al pueblo español sin intolerancia en su piedad, sin orgullo en su altivez, sin crueldad en su valor, sin rudeza en su hidalguía, y este es el pueblo mexicano. Unid en uno solo el génio artístico de la Italia, la nobleza de la España y la propension instintiva de la Francia al heroísmo, y este es el interesante tipo moral de nuestra desgraciada patria, á quien la calumnia le ha arrancado todo, menos la conciencia de lo que es y el presentimiento de sus grandes destinos.

Aunque desfallecida por las violentas pasiones políticas que la han agitado y las desastrosas revoluciones en que ha vivido, aunque manchada todavía con la sangre del pasado, hay algo en ella que se siente grande, algo hay en ella de heroísmo y de génio que brilla sobre la frente de sus hijos y que reverbera en los ojos de sus mujeres. Mucho se pierde, pues, si la conquista, la anarquía ó la inmigracion, impiden en el Nuevo-Mundo la influencia moral de la raza mexicana!

Desviando la vista de tan grandes peligros, volvámosla

sobre otros menos graves, pero mas factibles y mas amenazantes.

XVII.

¿El flujo de la inmigracion extranjera no romperá, pues, la unidad del lazo religioso? Este ha sido en México el único que ha resistido á la accion destructora de las revoluciones. La constante inquietud en que vivió, deshizo todas las ataduras sociales y políticas. El espíritu de partido y el frenesí de las pasiones, fueron mas fuertes durante nuestras convulsiones políticas, que las ligas de la sangre y del idioma. Sin la unidad religiosa puede asegurarse que la del pueblo mexicano hubiera perecido en las largas y sangrientas luchas de la república. Esta la rompió con sus disposiciones legislativas, mas habiendo adoptado prematuramente la tolerancia religiosa, que nunca puede ser como medida de gobierno una simple teoría, sino la solucion de un hecho precistente, la unidad religiosa á pesar de las declaraciones solemnes del poder, fué siempre una verdad en el terreno de la práctica.

El Imperio mismo nada ha hecho al sancionar como uno de sus mas fundamentales principios de gobierno, la mas amplia tolerancia de todos los cultos. La inmigracion puede hoy en México haber roto la unidad del sentimiento religioso, pero aun no rompe la unidad civil y palpable de la religion nacional. No hay, ni puede haber otra que la religion católica. Esta es de hecho hasta ahora, no solo la religion del Estado, sino la religion nacional, es decir, la religion del pueblo.

La inmigracion extranjera vá á romper su unidad, haciendo una verdad práctica el principio de la tolerancia religiosa. Ecsaminemos, pues, este peligro que amenaza á México, no bajo el aspecto canónico, pues en este sentido está ya

resuelta la cuestion que entraña, por la práctica y disciplina de la Iglesia, y no les es permitido á los hijos de ella discutir las santas decisiones del humilde sucesor de Pedro, que inclinan las cabezas cristianas cuando caen sobre ellas, con todo el peso de una autoridad divina. La política puede oír en la voz del Santo Padre, la voz tan solo de los siglos y de la sabiduría. El sentimiento cristiano la recibe como el eco augusto de la voz divina.

La grave cuestion de la tolerancia religiosa en México, solo podemos abordarla en un sentido, por decirlo así, profano. La unidad religiosa ha sido una de nuestras bases sociales. Este es el verdadero punto de partida para juzgar la tolerancia como un gran peligro, aun en un sentido exclusivamente político. En el punto de tolerancia, con respecto á México, la verdad católica y la verdad política se hayan en perfecto acuerdo.

Tambien en un sentido absoluto, el principio católico es una verdad social, filosófica y perfectamente comprobada, por la historia. La unidad religiosa es la salud y la fuerza de los pueblos, y la tolerancia es tan solo el triste remedio de una desgracia lamentable. La unidad debe ser siempre la teoría, y la diversidad de religiones en un mismo pueblo, es un mal gravísimo que debe todo gobierno, hasta donde le sea posible, evitarlo y conjurarlo. El poder está en el caso de seguir en este punto por motivos de buena política, la conducta que la Iglesia observa por santa inspiracion y por conciencia. La Iglesia no se debilita con vanas é imprudentes complacencias. Su teoría es la unidad, la diversidad la evita, y cuando de hecho ecsiste, la vé con compasion y la tolera, ó mas bien, la sufre con dolor.

Es antigua para la Iglesia la cuestion de tolerancia. Una bella espresion de S. Agustin la contiene toda y la resuelve por completo. "Diligite homines et interficite errores." "Matad el error y amad á los que le padecen," decia este filósofo cristiano y gran poeta de la Iglesia católica. Este debe ser tambien el pensamiento político. Mate el Estado la diversidad de sectas, y ame sin embargo, á los sectarios lo mismo que á los otros ciudadanos. Procure con el mayor

celo la unidad y sufra la tolerancia como una dolorosa necesidad. Es absurdo sancionarla como un principio saludable, cuando es en realidad la perturbacion de la teoría gubernativa, que por su propia naturaleza tiende á la unidad. Véanse la naturaleza íntima, el último fondo y la final intencion de cualquiera forma de gobierno, y se verá que en último término, gobernar, quiere decir unificar. La unificacion es la paz y por consiguiente la felicidad. Este es el último fin de todos los gobiernos.

La de su unidad religiosa es la mas grave y trascendental pérdida que un pueblo puede sufrir. ¡Qué ódios, qué turbulencias y qué sangre acarrearán las divisiones religiosas! Recuérdense las de la Alemania y de la Francia. Las de ésta le costaron mas sangre tal vez, y mas dolores, que todas las guerras del Imperio y que todas las catástrofes y hecatombes de la revolucion. Nada es comparable á la ceguedad y al frenesí de los odios religiosos. En una época, y no por cierto de las mas crueles, llegaron en Francia á contaminarse con él hasta sus mas bellos espíritus. Bossuet casi llegó á creer que era necesario esterminar á los herejes, ya que no era posible hacer morir sin ellos la herejía; y mas aún, Fénelon, el Platon del Cristianismo, el gran poeta humanitario, la dulzura misma, vió correr sin conmoverse la sangre de sus enemigos. El que tuvo tanto amor á los hombres se los negó á sus adversarios. Creyó que su piedad no debia estenderse hasta los enemigos de su religion. ¿Cómo sembrar, pues, por teoría y deliberadamente, los gérmenes de tan terribles divisiones?

La Inglaterra aun está recogiendo los amargos frutos de ellas. La Irlanda es no solo el aliado natural de todos sus enemigos, sino el mas encarnizado y mas terrible de ellos. No pueden ser hermanos en política, los que son adversarios en ideas y sentimientos, en religion y en esperanzas. Por todos lados tiende á separarse de la Inglaterra que la oprime en el sentimiento religioso, el mas delicado de todos los que abriga el corazon humano. Esta natural aspiracion á la libertad, este instinto de separacion nacido de la diversidad de religiones, es el que produce en el pueblo irlandés á cada

paso, agitaciones tan peligrosas para la Inglaterra, y el que todos los años envía al parlamento inglés, facciosos sublimes como O'Connell.

Para México, la diversidad de religiones es un mal mayor aún, que para cualquiera otro pueblo: su carácter, sus costumbres, su constitucion tradicional é íntima, y hasta su misma historia, la repugnan. El sentimiento religioso es para él una condicion indispensable de su existencia. Suprimase, y no se comprenderá el vireinato, la independenciam, ni menos la integridad moral de la nacion mexicana, bajo la república. Eliminado el sentimiento religioso, son mudas las mas hermosas páginas de nuestra historia, y se pierde uno de los mas bellos y atractivos rasgos de nuestro carácter nacional.

Sin la luz de la fé y el calor de la piedad católica, pierden su poesía nuestras costumbres privadas, y en el hogar doméstico, en este amoroso santuario de los sentimientos de familia, no quedan mas que frialdad y sombras. La base de la familia mexicana es el catolicismo. De tal manera se enlaza este con los mas solemnes actos de ella, que solo al fuego de la idea cristiana puede comprenderse su existencia. El catolicismo es en nuestras costumbres el primer recuerdo de la infancia y la última esperanza de la vida. Es el alma de nuestra existencia íntima y de todos los grandes actos de nuestra vida privada. Nadie cree suya la mujer querida, mientras no la recibe al pié del altar y de manos del ministro católico, que en nombre de Dios y con su santa bendicion la entrega al amante, para que sea mas que suya todavía, una parte de él, una sola alma y su mismo cuerpo. ¿Quién cree tener un hijo mientras no lo hace de Dios tambien, lavándole de la mancha primitiva en las aguas límpidas de la fuente cristiana? ¿Quién no se ha despedido para siempre de un padre tan amante como amado, murmurando en la hora suprema de la última despedida las tiernas oraciones de la Iglesia, que parecen formadas por Ella para gemir con nosotros en los dias de nuestras grandes tribulaciones? ¿Qué mexicano no pronuncia á gritos ó murmura en silencio, cuando le llegan sus horas de emocion ó de peligro, las suaves

oraciones católicas que allá en su infancia les enseñó su madre?

Ni la impiedad, ni la indiferencia, son vicios de nuestra raza. Las de la fé y de la piedad son las cuerdas mas sonoras del corazon de nuestro pueblo. ¿Cómo ha de ser, pues, conveniente ni político romperlas en nombre de la civilizacion? Desgarrarlas en nombre del progreso material seria tan absurdo, como intentar que un hombre cambiase su fé y sus sentimientos piadosos por un puñado de monedas. La unidad religiosa por otra parte y la inmigracion extranjera, no son absolutamente incompatibles. Es cierto que el conflicto amenaza, pero tambien lo es que puede conjurarse.

Para guardarle á México la unidad religiosa, base de nuestra existencia política y de nuestra felicidad privada, debe el poder de la nacion en todo tiempo, revestirse de la energía misma que la fé despliega para defender su integridad: una vez perdida sin su culpa, debe tener para con los sectarios, la misma dulzura que la fé tiene para amar y convencer á los que yerran.

Hé aquí el camino que debe seguirse en la grave cuestion de tolerancia religiosa, provocada por la inmigracion extranjera con el carácter, ya, de una cuestion práctica. Hé aquí lo que dictan con respecto á ella, el sentimiento religioso y la sabiduría política.

XVIII.

Meditando con alguna calma, ¡cuántos peligros se vé que encierra para México la inmigracion extranjera! ¡Muy difícil es que resistan su embate los lazos sociales que nos unen, el de un idioma comun y el de unas mismas costumbres! La inmigracion desbordada y violenta, puede hacer de México

una hacinacion de razas distintas como el pueblo americano, que sin punto alguno de contacto en sus hábitos ó sentimientos, estén ligadas por el lazo tan solo, de lucros ó de intereses comunes. Este es, sin duda, de todos los que pueden ligar á los hombres entre sí, el mas áspero y á la vez el menos fuerte. ¡Debe ser horrible no tener mas patria que el bolsillo! ¡Así son los americanos, esos "autócratas del oro," como los llama Lamartine, y ese es el horripilante peligro que amenaza á nuestra patria! ¿Cuál es, en efecto, la suerte de los pueblos cuyos lazos de unidad social se rompen?

La de la Italia, hermana de nuestra patria, por el génio, en humillaciones y desgracias, es un terrible ejemplo del que no podemos ser testigos sin estremecimiento. Desgarrada siempre por la ambicion de vecinos poderosos, dividida desde hace muchos años por las necesidades europeas y el hábito, en vano lucha hoy por unificarse. La unidad italiana, á pesar de las actuales prosperidades del Piamonte, será siempre un sueño tan hermoso como irrealizable. ¿Qué union es posible entre el Piamonte, esuberancia de la Galia, el reyno de Nápoles, donde tanto tiempo dominó la España, entre la Sicilia hija de la Grecia, y los Estados Pontificios, bello fragmento de la antigua raza etrusca? La geografia, ni menos la política, serán bastantes nunca para hacer una sola nacion de pueblos tan distintos en su origen, tan disímbolos en sus caracteres, en su lenguaje y sus costumbres. Solo del tiempo puede esperar la Italia su unidad. Hoy solo está ligada por el comun ódio de todos sus Estados á la dominacion austriaca, y por el amor instintivo de la libertad. Mas tan luego como triunfe volverá á dividirse, y en la victoria misma encontrará su perdicion. Mientras no sea una en sí misma y por la naturaleza, los esfuerzos todos de su política serán estériles. De la diplomacia tampoco puede esperar unidad alguna, que no le sea al poco tiempo tan funesta como vergonzosa.

¡Lástima de la Italia! su suerte no puede serle indiferente á México: lo mismo que la España, parece la Italia haber sido colocada por la naturaleza al lado de la Francia, para secundar á ésta en la ejecucion de los grandiosos pensamientos de la raza latina. Tal vez muy pronto se pongan ambas

en aptitud de cumplir con su destino. Ya urge que comiencen su tarea, pues la Francia parece que se fatiga de llenar sola, su gloriosa pero difícil mision sobre la tierra.

La unidad es la verdadera fuerza de los pueblos, en la hora no solo del peligro, sino de la prosperidad. La Italia no es el solo ejemplo de esta verdad. Las desgracias del pueblo americano deben ser tambien para México una leccion provechosísima. ¿Cuál es la causa radical é íntima de la guerra tan desastrosa de que en estos últimos años ha sido víctima? Una ligera chispa es muchas veces la causa de los mas voraces incendios. La palabra "abolicion," pronunciada, segun dicen, imprudente y prematuramente por Abrahan Lincoln, fué la causa aparente de que la Union se desgarrara, y el manantial funesto de donde brotaron las lágrimas y la sangre que empaparon su suelo, que hasta el presente no ha podido orearse.

A los ojos de la filosofia política la festinacion de Lincoln y aun la abolicion misma de la esclavitud en los Estados-Unidos, es el principio, tan solo, de la guerra civil que los ha devastado; mas la causa verdadera de ella y el origen primitivo de las bárbaras pasiones que la han alimentado y que aun no están apagadas, los constituye la diversidad y aun la contraposicion de los heterogéneos elementos de la existencia de ese pueblo. Como una sola nacion no puede ecsistir en realidad. A pesar de su tan numerosa poblacion, los Estados-Unidos no son un pueblo, sino una congregacion de tribus ó de carabanas de mercaderes. Washington ha hecho en América lo que Mahoma hizo en el Oriente, ha multiplicado la familia hasta convertirla en tribu. En los Estados-Unidos hay muchas familias y cada una de ellas es muy numerosa, pero no están ligadas entre sí. Este es el grande y verdadero mal que los aqueja desde que nacieron, y el que la inmigracion extranjera se los ha convertido en casi irremediable. La filosofia de la historia ha lanzado ya sobre el pueblo americano un anatema terrible. "Ni las armas, ni la economía, ni la política, pueden conservar unido lo que la naturaleza ha desatado." "El destino de la Union Americana es dividirse." Es el de todos los pueblos innoblemente

ambiciosos. También el pueblo romano pereció de hartura. En la última guerra de los Estados-Unidos, México puede aprender mucho. ¿Qué fué lo que la hizo tan sangrienta y duradera? Peleaban en ella, no los hijos de un mismo pueblo, sino dos pueblos distintos en origen, contrarios en ideas y sentimientos. ¿La raza sajona de los Estados del Norte, qué tiene de comun con la raza latina de los Estados del Sur? Los bordes del Mississippi, la Luisiana y la Florida, son de origen frances y español, y sus habitantes no perdieron su nacionalidad por los tratados de Versalles, ni los "dollars" americanos tuvieron bastante eficacia para hacérselas olvidar. Un deseo insensato de engrandecimiento cegó el cálculo de los americanos en esa ocasion. Engrandecerse por la compra como lo hicieron entonces, ó lo que es peor, por el despojo violento como lo hicieron despues, será siempre en política una mira desacertada y un cálculo absurdo en economía. El pueblo que así se conduce, él mismo compra su desgracia, al sembrar de esa manera los gérmenes de su futura esciecion.

Aunque por diverso camino, la inmigracion extranjera puede orillar hasta ese extremo desgraciado, á México, tan niño para conducirse con prudencia en el difícil camino de la vida. Una inmigracion vária, numerosa y mal distribuida, sobre todo, puede hacer de él en lugar de un pueblo homogéneo y poderoso, una factoría de comercio, donde los extranjeros de todas nacionalidades permanezcan tan solo, el tiempo necesario para improvisar su fortuna. La suerte, entonces, de los huéspedes infelices de esta inmensa posada será desgraciadísima. ¿Qué ha pasado en Portugal? Su poblacion en pocos años ha aumentado prodigiosamente, para su desgracia. Los ingleses lo han convertido en escala de su navegacion y su comercio, y ese pueblo desgraciado se vé hoy envilecido y desmoralizado hasta el esceso. ¿Quién sabe por qué la dominacion inglesa causa tantos estragos y ocasiona tristezas tan sombrías á los pueblos que subyuga! Argel es feliz, y Cuba está contenta: á la India Oriental, por el contrario, la cubre siempre una nube de tristeza aterradora. Es fria, sistemática y sin remordimientos, la dominacion

sajona. Nada hay en ella de amor; es un atentado contra los derechos de la humanidad llevado hasta la jactancia, es, por decirlo así, como el estoicismo de la injusticia. ¿Con razon los pueblos que se libran de ella la aborrecen tanto!

El amor de la patria no es un afecto vago ó quimérico. Lo que se ama realmente al amarla, no es el suelo en que se nace ó el cielo bajo el que se vive, sino las costumbres iguales, las ideas idénticas, los afectos semejantes, la religion comun sobre todo. Perdidas estas unidades, la patria desaparece. Si México, á consecuencia de una inmigracion violenta, dejase de ser católica, de hablar el español, de ser generosa ú hospitalaria, ya no podría ser la patria de la generacion que hoy la ocupa, y ésta se veria como desterrada en su propio suelo. Este es uno de los inminentes peligros de la inmigracion extranjera. Lo que ha sucedido hasta el presente es el mejor termómetro de lo que puede suceder despues, si no es conjurado con tiempo este peligro. Por todas partes se oyen hablar lenguas estrañas y duras que nosotros no entendemos: se ven costumbres que no conocieron nuestros padres: se dictan leyes y se practican reglamentos que no tienen coneccion con nuestra historia. Se vé, en fin, y se siente algo que no está de acuerdo con las tradiciones del vireinato, ni los recuerdos de la república. Tal parece, para decirlo todo y en una sola palabra, que así como la isla de Itaca huia á la vista de Ulises, así nuestra patria, aun estando sobre su mismo suelo, se escapa y huye para siempre de nosotros. . . .

Este peligro no carece por fortuna de remedio, mas por ahora, nos debemos limitar á señalarlo.

XIX.

Antes hemos dicho que la inmigracion vá á modificar radicalmente nuestros sentimientos, nuestras costumbres privadas y nuestros hábitos públicos. El cambio de estos últimos,